

El progreso de la ciencia.

Todas las madres son para sus hijos unos seres maravillosos. También en mi caso, mi madre fue la mejor persona del mundo y nada de lo que puedan decir de ella podrá hacerme cambiar de opinión. Aunque murió muy joven, siendo yo prácticamente un niño, la recuerdo a la perfección con su cabello recogido y sus manos siempre calientes que agarraban las mías y me llevaban a pasear cerca del río, de compras a los puestos callejeros que abarrotaban las cercanías del convento o en busca de cualquiera de los encargos que el amo le mandaba en su cargo de "mujer para todo".

Mi familia procedía de una zona rural muy pobre, siempre sumida en un paisaje de nieblas y barro. Por eso, cuando madre y yo llegamos a Londres todo me pareció el paraíso. Incluso los primeros días, cuando tuvimos que dormir en pensiones infectas de marineros o incluso al raso, en el atrio de alguna iglesia, la ciudad tenía el aire magnífico de una aventura pese al frío y al hambre. Pero ambos eran ya viejos conocidos que no conseguían ni entristecerme ni aburrirme.

Cuando la situación parecía ponerse desesperada, con el hambre que se refugiaba solitario y adusto, en un estómago al que no le afectaban las cenas ni los desayunos de los afortunados que se levantaban o acostaban con un taza caliente esperándolos, siempre aparecía algún alma caritativa, una pesada tarea que realizar por unas monedas, un pequeño hurto. Y cuando todo fallaba, el padre Swift era alguien a quien recurrir que no fallaba. Era un antiguo conocido de alguien de mi pueblo y nos acogía en su iglesia con una caridad no exenta de cariño pese a que raro el día en que la cola de indigentes que mendigaban ante su puerta no ocupaba gran parte de la fachada de la rectoría.

Uno de esos días, lo recuerdo bien, el padre Swift nos dijo que la situación era tan mala, tanta la necesidad, que en la vecina isla de Irlanda, se empezaba a hablar, como la cosa más natural del mundo, de que los niños huérfanos fueran destinados a provisión de boca para el resto de la población hambrienta. Yo me reí ante la ocurrencia del sacerdote y él mismo acabó riéndose ante idea tan descabellada.

Precisamente en una de aquellas visitas al padre Swift, fue cuando mi madre consiguió, gracias a su intercesión, aquel puesto de criada en la casa del ilustre doctor Hunter, donde al menos tendríamos un techo y comida caliente a diario, lo cual no era decir poco en aquella época y en aquella ciudad.

Enseguida, mi madre se ganó la confianza del ilustre médico al que acudían a visitar mujeres ricas de todo el país. Así, en pocos meses, de criada que apenas emergía del sótano de la mansión, pasó a ser cocinera y cuando la vieja Helen falleció al rodar por las escaleras de la bodega, ama de llaves y persona de toda confianza. Eso supuso para

nosotros abandonar el hueco frente a la carbonera para dormir, más comida y tal vez un par de zapatos nuevos cada dos o tres años. Una ganancia que hacía feliz a mi madre y a mí de verla a ella sonreír.

Del dueño de la mansión apenas puedo decir nada... mi memoria no alcanza tan lejos y aquel hombre además era un personaje inalcanzable a mis ojos. Era rico, famoso y médico. Eso significaba que aquel enorme corpachón que veía de vez en cuando bajando por las escaleras principales en busca de su coche me daba pavor. Era como un dios severo, con sus enormes patillas blancas y su cigarro y su traje negro. Una voz tronante que exigía deme esto o aquello, preparen el carruaje, sírvame mi oporto. Yo tenía orden de no aparecer por el espacio de la casa que nos estaba vedado, y que era todo a excepción de nuestro pequeño cuarto, la cocina y el sótano.

También podía visitar a mis anchas el patio trasero donde se guardaban los coches del doctor y un par de caballos. Nadie me había autorizado expresamente, pero yo había tomado esa ausencia de prohibición como un permiso tácito y, como tampoco era un lugar frecuentado, yo usaba aquel patio como mi particular sitio de juegos, con su muro recubierto de una hiedra selvática y un montón de tesoros que se habían ido acumulando a la espera del traperero o, simplemente, habían sido olvidados para siempre. Trozos de metal, muebles viejos ideales para hacerse cabañas, extraños utensilios -que daban miedo con solo mirarlos- desechados de la consulta del doctor. Calderos desportillados de la cocina, que podían usarse como cascos y yelmos, herraduras oxidadas, morrales de las bestias y tantas otras cosas con las que inventar mundos pasajeros.

Al fondo del patio, justo en la entrada que se usaba para entrar mercancías a la casa, se alzaba una pequeña edificación adosada al muro principal. Había sido anteriormente el domicilio del mayordomo, pero ya no se usaba sino raramente por el doctor y algunos de sus colegas que se encerraban en ella durante horas. No la visitaban sino unas cuantas veces al año, pero cuando lo hacían su presencia me intimidaba y me escabullía en las caballerizas o en la carbonera.

Cerca de las primeras navidades que pasábamos en esa casa, mi madre me cogió una vez de la mano y me dijo vamos, Julien. Tenemos que hacer un encargo importante para el doctor. Y así salimos a la calle tomando el rumbo que baja al río y a los muelles. Cuando te ibas acercando, el aire frío que me congelaba las manos parecía atemperarse y me imaginaba que es lo mismo que debían de sentir las caballerías al acercarse a sus establos y granjas. Porque aquel mundo sucio, de personajes deformes y sucios, era en definitiva el nuestro. No importaba en absoluto nuestra ropa nueva con poco uso, los zapatos con suelas completas y los estómagos llenos. Nosotros habíamos salido de un sitio similar o, si lo quieren, más pobre aún que este. Reconocíamos caras, manos enrojecidas y la violencia que de vez en cuando estallaba a nuestro paso entre alguno de aquellos marineros o simplemente ladrones y holgazanes. Reventaba como un forúnculo y entonces daba miedo ver las navajas, escuchar las malas palabras, los hombres y las mujeres tirados por el suelo, mordiendo y arañando por nada o por todo. Por un trozo de pan o por su propia vida.

Por nuestra cuenta, jamás hubiéramos ido a aquella parte de la ciudad y siempre me preguntaba extrañado el motivo de que el ilustre doctor nos mandase a hacerle un

encargo en ese barrio. ¿Qué podría necesitar él de un sitio como ese? ¿Podría haber algo que le interesara allí, algo que pudiera pedir o echar en falta?

En una de aquellas excursiones que, tengo que reconocerlo, me aterrorizaban, mi madre se paró frente a una mujer que permanecía acurrucada en el suelo, frente al mísero portal de una carnicería. Nunca olvidaré que dando a la calle colgaban de unos ganchos grandes trozos de res y un par de cadáveres de oveja cubiertos de moscas. El carnicero, un individuo con aspecto brutal, llevaba un sombrero ridículo y un delantal lleno de sangre y mugre. Conversaba frente a su negocio con otros dos tipos a los que daba miedo mirar. Y la mujer, sentada en el suelo, no era para ellos más que la sombra de un gato. Tiritaba y se frotaba las manos como si la mera fricción de aquellos huesos pudiera hacer entrar en calor lo poco que hubiera de carne y sangre en ellas. Entonces mi madre se agachó y se puso a hablar con ella en un tono de voz tan bajo que apenas pude escuchar lo que hablaban. La mujeruca no decía nada, simplemente asentía con la cabeza agitando un poco sus pelos enredados y pegajosos. Luego, madre le puso una moneda en la mano y le indicó con la mano una dirección. Después, dimos la vuelta y apresuradamente salimos de aquel barrio pavoroso sin pararnos a mirar puestos ni tiendas ni hacer el tipo de encargo que el doctor nos hubiera hecho. Únicamente en nuestro cuarto, madre me dijo que no preguntara nada. Que iríamos de vez en cuando a hacer encargos de ese tipo para el doctor. Que me necesitaba a su lado porque aquellas mujeres necesitaban ayuda pero eran de natural desconfiado y únicamente de una mujer sencilla como ella acompañada de un niño, podrían fiarse y aceptar la moneda de plata que se le ofrecía por caridad del doctor. Nunca fui un niño hablador. Ni lo soy hoy siendo ya un hombre o, mejor, un viejo. Así que como era costumbre en mí, asentí con la cabeza y callé admirado del corazón de aquel hombre eminente que pese a todas sus obligaciones aun tenía tiempo para pensar en aquellas desdichadas mujeres que a cientos llenaban las calles y barrios de Londres. Mujeres solas, acompañadas de niños pequeños o de un hombre viejo o tullido, mujeres que -ahora lo sé- se ofrecían a cualquiera por un bocado o una moneda sin importar que fueran jóvenes o viejas. Exactamente igual que mi pobre madre podía haber acabado de no encontrar aquel hogar prestado pero caliente.

Desde aquel día, otras muchas veces fuimos a realizar el encargo del señor doctor. Todas las personas a las que nos acercábamos eran mujeres sin excepción y, como pude darme cuenta haciendo una somera recapitulación, la mayoría preñadas de manera ostensible. Deduje así que la caridad que se les prestaba se ejercía de aquella manera para duplicar de forma sencilla y eficaz el efecto munífico de las monedas de plata. Pronto, unas caras se sumaron a otras y los rostros de las mujeres dejaron de tener identidad propia en mi memoria. Eran simplemente esos seres desgraciados que arrastraban su tripa y su mugre detrás de nosotros para encontrar una salvación de otras maneras azarosa. En aquel tiempo yo me sentía absurdamente orgulloso de mi papel, como si fuera un paje celestial, escoltando a mi madre y a sus preñadas por las calles londinenses.

Casi siempre, nuestra procesión terminaba en la misma taberna situada en un callejón que hoy no podría ni reconocer. Allí entraba mi madre y la mujer con su tripa abultada que amenazaba en cualquier momento con soltar su carga en el interior de aquel antro que apestaba a orines y a ron. Yo aguardaba en la calle hasta que madre salía, nunca más tarde de tres o cuatro minutos, y luego regresábamos apresuradamente a nuestro cuarto

en la mansión del doctor Hunter. De vuelta, madre no hablaba nunca y yo veía en su cara una expresión de inmenso disgusto, como si dejar a aquellas mujeres en la taberna del pato rojo fuera algo espantoso, un acto de crueldad antes que una caridad cristiana. A aquellas mujeres, ciertamente, jamás las volvía ver en ninguna de nuestras peregrinaciones.

Un día de primavera, madre y yo bajamos de nuevo hasta el río con el encargo de encontrar otra nueva mujer a la que favorecer con la bondad del doctor Hunter. Nunca olvidaré aquel día. El sol calentaba de verdad la piel y ni una nube ocupaba el cielo de Londres. Todo el mundo en las calles parecía más feliz que de costumbre y apenas vimos peleas ni de chiquillos ni de adultos borrachos. Esta vez tuvimos suerte enseguida pues cerca de la taberna del pato rojo, un grupo de gente permanecía arremolinado alrededor de una persona tirada en el suelo. Nos acercamos a ver de qué se trataba y una de las mujerucas del corro gritó enseguida que esa estaba pariendo. Al oírlo, mi madre salió corriendo sobre sus pasos, entro en la taberna sin preocuparse de si yo la seguía y regreso al punto acompañada por dos tipos que trabajaban en el establecimiento, el que parecía ser el propietario y un mozo unos cuantos años mayor que yo. Obedeciendo las instrucciones de mi madre, cogieron en volandas a la parturienta y la llevaron con bastante trabajo al interior de la taberna mientras mi madre los seguía y yo a ella.

Esa fue la primera vez que entré en el local que se encontraba casi a oscuras. Como quien tira un fardo, la mujer fue colocada sobre una mesa sin que dejara de gritar ni de retorcerse en ningún momento. Desde donde estaba, podía verle las piernas desnudas y cómo un gran charco se iba formando bajo su falda. Era una chica joven, quizás no tuviera más de dieciséis años, huesuda como todas las que recogíamos en la calle, y me llamó poderosamente la atención el color rojo fuego de su pelo. Rápido, dijo mi madre, hay que llamar al doctor Hunter porque me avisó que precisamente lo que le hacía falta ahora era una mujer parturienta. Así que salimos de la taberna a todo correr, calle arriba, hasta llegar sin resuello a la casa donde mi madre se encontró en las escalinatas de la entrada al mismo doctor. Allí le comunicó su hallazgo y, en efecto, aquello pareció alegrarlo enormemente, tanto que por primera vez vi en su rostro una sonrisa. Lógicamente, yo no entendía porque era preferible una obra de caridad con una mujer lista para parir que con otra preñada de menos tiempo, y así se lo pregunté después a mi madre. Ella me miró con expresión sorprendida, como si aquella pregunta nunca se la hubiera hecho ella misma ni ninguna otra persona. Después, miró por la ventana que daba al patio largo tiempo antes de responder que no me fijara en esas cosas, que tampoco se las contara nunca a nadie porque la caridad tiene que hacerse en secreto si queremos que Dios la aprecie en todo su valor.

Aquella tarde, yo salí al patio a jugar con mis tesoros y a dar conversación al herrero que se encargaba de los caballos cuando el portón de las mercancías se abrió. Un carro entró al patio, como tantas otras veces, pero esta vez los mozos no bajaron toneles de vino ni arenques sino a la misma muchacha pelirroja que habíamos llevado a la taberna. Casi en volandas, la introdujeron en la casa del guarda y atrancaron bien la puerta. Enseguida, el doctor Hunter bajó las escaleras del edificio principal y se llegó a la casucha a grandes pasos. Le acompañaban otros dos caballeros más jóvenes que yo ya había visto por la casa en otras ocasiones, todos ellos provistos de sus grandes maletines de médico. Luego,

se oyeron unos gritos de mujer. Después, nada. El silencio. Fue entonces cuando cometí lo que tal vez fuera el gran error de mi vida. Asomarme a aquellas ventanas de cristales sucios que aún permitían ver lo que sucedía en el interior de la casa. Y lo que vi cambió radicalmente mi vida. El doctor Hunter tenía abierto el vientre de la pobre mujer que yacía muerta sin duda, con las tripas fuera en un charco de sangre. El feto se veía perfectamente bien colocado en el vientre de su madre como en un sarcófago de carne. Mientras, el doctor Hunter y sus amigos dibujaban en unos grandes cuadernos con sus lápices. Entonces me acordé de la historia del padre Swift y de cómo los niños podían ser devorados para alimentar a los que eran más fuertes o más ricos y, sin poderlo evitar, salí corriendo espantado del patio, atravesé la casa y llegué a la calle llorando y gritando que la mujer estaba muerta y que también estaba muerto su niño.

El policía que detuvo mi carrera era un hombre joven y amable que me preguntó lo que ocurría. Y yo se lo dije. Así se descubrió como había sido posible que en aquellos pocos años del siglo XVIII se hubiera progresado tanto en el conocimiento anatómico del embarazo. El doctor Hunter fue el primer ginecólogo oficialmente reconocido en la capital y sus publicaciones y dibujos sobre el útero grávido fueron aplaudidos en todo el mundo civilizado. Mientras la fama le revestía, Londres era un auténtico albañal, un lugar inmisericorde donde la muerte no tenía importancia. Y las mujeres pobres, embarazadas o no, morían con prontitud. Igual que los niños y los viejos y los marineros sin trabajo y los enfermos.

Por supuesto, al eminentísimo doctor Hunter no tuvo ningún contratiempo con la justicia salvo algunas pequeñas molestias. Tuvo que ir a juicio a testificar, por ejemplo, cómo mi madre había abusado de su confianza instalando aquel extraño y terrible negocio criminal en su propia casa y sin su conocimiento.

Madre murió en la cárcel poco tiempo después y yo fui ingresado en un convento gracias a la intercesión del padre Swift, mi viejo maestro, que prácticamente me adoptó y veló desde entonces por la salvación de mi cuerpo y de mi alma.

Ahora, que no soy más que un viejo sin utilidad alguna, sigo orgulloso perteneciendo a la santa madre iglesia como deán de la misma catedral donde el padre Swift terminó sus días preso de la locura. Y aunque mi memoria es muy mala y me cuesta saber qué comí ayer, sin embargo recuerdo perfectamente aquel día de primavera de hace tantos años y cómo se agitaban las piernas desnudas de una muchacha pelirroja.